

# La poesía: pensar lo impensable

David Huerta

*El poeta mexicano David Huerta recibió el Premio Xavier Villaurrutia correspondiente al 2005 el pasado 6 de marzo. Reproducimos en nuestras páginas el discurso de recepción del premio, así como un penetrante ensayo de Christopher Domínguez Michael sobre Incurable, uno de los libros más ambiciosos de la poesía mexicana de los últimos tiempos.*

En un libro de hace ochenta años leo estas palabras:

Eres la compañía con quien hablo  
de pronto, a solas.  
Te forman las palabras  
que salen del silencio...

Esa presencia y esa voz que misteriosamente surgen del silencio —no sabemos si de prisa o con una lentitud soñada—, esa compañía “a solas”, paradójica, es la poesía; en su “piel de espejo”, extraña superficie reflejante, como si fuese la de un animal fantástico, el poeta se está mirando mirarse “por mil Argos, / por mil largos segundos”.

Aquel libro octogenario de 1926, con estas imágenes sorprendentes, lleva como título *Reflejos*, y estaba, *está* firmado, mejor dicho, por un poeta de veintitrés años de edad: Xavier Villaurrutia.

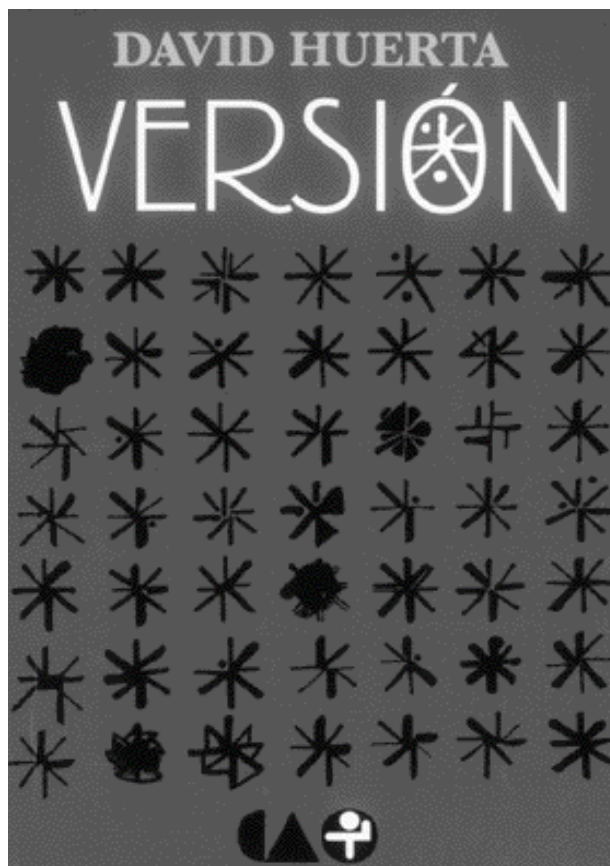
La poesía es simultáneamente una invención y una forma de la verdad: es una “verdad inventada”.

Villaurrutia lo dice así, sintéticamente, en sus apuntes en prosa y en un poema titulado “Inventar la verdad”, de *Canto a la primavera*, donde leo estos versos que buscan averiguar por quién late el propio corazón:

Si empezara a decirlo con fantasmas  
de palabras y engaños, al azar,  
llegaría, temblando de sorpresa,  
a inventar la verdad...

Esta verdad inventada es la que celebramos. Pero que la verdad sea o pueda llegar a ser una invención resulta impensable para muchos, desde luego; según Xavier Villaurrutia, el objeto y el fin de la poesía: “hacer pensar lo impensable”, como el de la música sería “hacer oír lo inaudito” y el de la pintura “hacer ver lo invisible”. Me parecen tareas nobilísimas, necesarias en todo tiempo y en todo lugar.

\*\*\*



Hace treinta años, en 1976, mi padre, Efraín Huerta, recibió este mismo premio “de escritores para escritores”; lo compartió con Augusto Monterroso, muy querido y muy admirado, como mi padre, por sus innumerables lectores. Tito Monterroso era un fabulista conocedor de poesía como pocos.

En aquella ceremonia en la Capilla Alfonsina, en febrero de 1976, yo leí las palabras de agradecimiento que mi padre había preparado, pues él había sufrido, el año anterior, una tremenda operación: una laringectomía que lo dejó privado de la voz, a él, nada menos que a él, gran conversador, hombre ingenioso y afable, siempre —quiero decir, antes de esa intervención quirúrgica— con la palabra justa a punto y con el consejo o la observación punzante o luminosa a flor de labios.

Que yo reciba ahora, treinta años después, este premio correspondiente al año 2005, me produce una alegría inmensa —una de las mayores alegrías de mi vida— y estoy seguro de que Efraín, en su cielo, lo celebra con todos nosotros. Él, que tanto quiso a Xavier Villaurrutia y que tanto lo admiró, superadas ya las diferencias que tuvieron en la década de los años treinta.

De esa admiración y de ese cariño soy testigo. En un par de ocasiones, a mediados de los años cincuenta, acompañé a mi padre hasta la tumba de Villaurrutia para depositar allí un ramo de rosas, esa flor de la que él, Villaurrutia, *también hablaba*, como tantos otros, y en especial como José Gorostiza, a quien está dedicado el poema “Nocturna rosa”, cuyos versos iniciales se me

grabaron desde que los leí en un libro que mi padre me puso en las manos:

Yo también hablo de la rosa.  
 Pero mi rosa no es la rosa fría  
 ni la de piel de niño,  
 ni la rosa que gira  
 tan lentamente que su movimiento  
 es una misteriosa forma de la quietud...

Nadie nos ha dado a leer mejor este poema extraordinario que el gran Arturo Cantú, analizándolo y desmenuzándolo verso por verso, estrofa por estrofa, como hay que hacerlo —y como casi nadie lo hace entre nosotros. En los versos de Villaurrutia están la inteligencia y las ideas de un poeta que no rehuía a su condición de “poeta intelectual”; la aceptaba con plenitud, con gozo, a conciencia. Al mismo tiempo, nadie como él para explorar implacablemente los sentimientos poéticos: de esto queda constancia en su prólogo a *El león y la virgen*, la antología de Ramón López Velarde que la Universidad Nacional Autónoma de México publicó en 1942; de ahí extraigo sólo el primer párrafo, para mostrarles a ustedes la diáfana prosa villaurrutiana, sus ideas y su puntual sabiduría de artista y de crítico:

La madurez de una vida, como la madurez del día, no se revela en la hora incierta del atardecer, sino en el momento pleno, cenital y vibrante del mediodía, en que el sol, cumplida ya su trayectoria ascendente, parece detenerse a contemplar, hurtando la sombra a seres y cosas, los frutos de su carrera antes de empezar un descenso que es, al mismo tiempo, un regreso. Desaparecido en el mediodía de su vida, la muerte no vino a derribar esperanzas ni a segar promesas en flor, porque Ramón López Velarde había realizado ya las primeras y cumplido las segundas. Su viaje fue el perfecto viaje sin regreso.

Yo nací en la Clínica Lourdes, a unos metros del lugar donde murió López Velarde, en la Colonia Roma: en un edificio de departamentos con el estilo arquitectónico de la *belle époque* mexicana.

Mi padre estaba perfectamente al tanto de la coincidencia, o mejor dicho, de la cercanía de ambos lugares, y en uno de nuestros paseos me tomó un par de fotografías en el camellón de la Avenida Álvaro Obregón —la antigua Avenida Jalisco—, con la hermosa casona color añil del número 73 al fondo. Ahí está ahora la Casa del Poeta que lleva el nombre de Ramón López Velarde. Ahí encontraron sitio dos bibliotecas de poetas mexicanos del siglo XX: Salvador Novo y Efraín Huerta.

Quiero aprovechar esta ocasión para llamar la atención de las autoridades metropolitanas sobre este centro

## En los versos de Villaurrutia están la inteligencia y las ideas de un poeta que no rehuía a su condición de “poeta intelectual”; la aceptaba con plenitud, con gozo, a conciencia.

cultural. El inmueble fue rescatado de la demolición por iniciativa del poeta tabasqueño Carlos Pellicer, discípulo de López Velarde y amigo de Xavier Villaurrutia. Es propiedad del gobierno de la ciudad y constituye una institución de asistencia privada; no hay nada en los reglamentos, códigos o leyes que obligue a las autoridades de la ciudad a subsidiarlo; pero quienes formamos parte de la Casa del Poeta no queremos que los recortes presupuestales del gobierno nos orillen a buscar apoyo en la iniciativa privada para que la Casa siga funcionando como hasta ahora, es decir, con enorme provecho para la cultura de la ciudad, en especial para la poesía. El gobierno metropolitano tiene la obligación moral e histórica de ayudarla; no hay razón —aparte, claro, de la mezquindad burocrática— para que los dineros que aporta disminuyan, como ha sucedido en los años recientes. Debería ser al contrario.

Un gobierno de izquierda está obligado a no forzar la privatización completa de un centro de cultura como éste. Apelo desde aquí al buen juicio y mejor disposición de Alejandro Encinas para ampliar y enriquecer en todos sentidos las tareas de la Casa del Poeta “Ramón López Velarde”. Le puedo asegurar a Alejandro Encinas que Carlos Pellicer, José Gorostiza, Efraín Huerta, Jaime Sabines, Salvador Novo, Octavio Paz y Xavier Villaurrutia, entre muchos otros nombres de primera línea de la literatura mexicana, se lo agradecerían como un acto de justicia y de sensatez, para no hablar de los lectores de poemas y de los poetas vivos y activos que la quieren y la consideran un lugar lleno de vitalidad, entrañable, hermoso y útil.

\*\*\*

Debo agradecer a la Sociedad Alfonsina y a los miembros del jurado la distinción que se me otorga. Es un curioso deber: lo cumplo con un placer íntimo e intenso. En primer lugar, doy las gracias a Alicia Zendejas, con recuerdos de nuestro inolvidable Paco, siempre vivos y siempre llenos de cariño; a Saúl Juárez y a Silvia Molina, del Instituto Nacional de Bellas Artes, compañeros entrañables (Silvia es casi mi pariente, además, por la amistad auténticamente fraternal que unió a su padre y al mío); a los miembros del jurado: Alí Chumacero, inmenso como una tempestad; Vicente Leñero, genial escritor sin cuyos

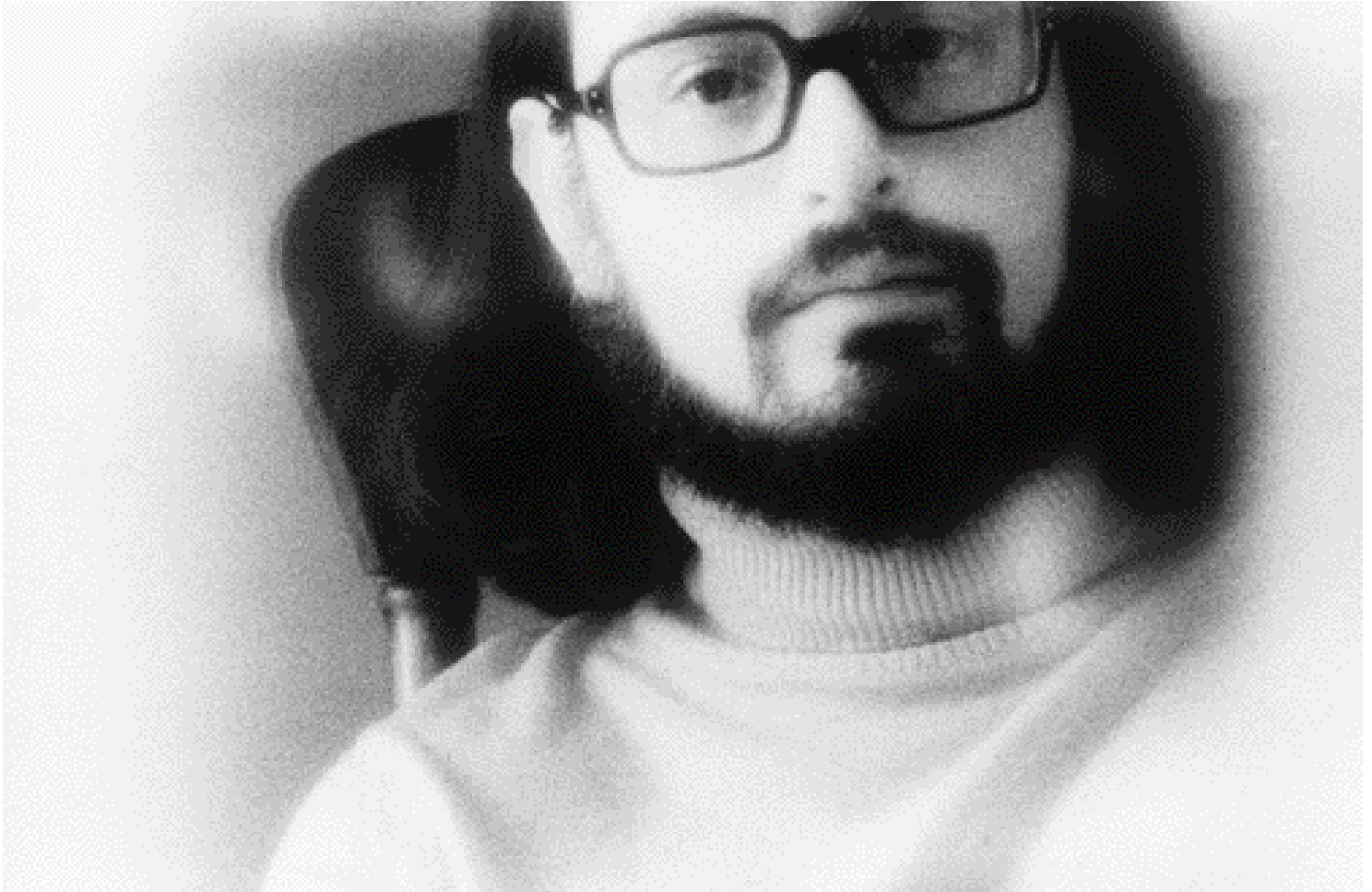
libros a México le faltaría una porción esencial de lucidez cristiana y de historias reveladoras; Ignacio Solares, colega de claro talento, maestro y editor, autor de libros admirables; Pedro Ángel Palou, a quien siempre agradeceré, además, sus buenos oficios para allanarme el ingreso a la Biblioteca Palafoxiana durante mis interminables y gozosas pesquisas gongorinas. Quiero hacer mención especial de los mejores editores de México: los de la casa Era, nuestra casa, quiero decir, de tres de los premiados con el Villaurrutia en estos años. Y por último, quiero hablar de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, joven institución de educación superior que el año pasado, en un gesto de generosidad formidable, me abrió sus puertas. Ahí he encontrado amistades incontables entre los alumnos y los maestros, además de refrendar camaraderías que tienen casi cuarenta años de edad.

\*\*\*

Hace un año escribí una especie de carta a mí mismo, glosa o paráfrasis de un texto ajeno que he admirado durante muchos años, tanto, que al paso del tiempo ha deja-



© Rogelio Caltur



do de ser ajeno y me lo he apropiado, no sé ya si con descaro con un gesto de fresca libertad y soberana soltura; un par de esos renglones dicen esto: “Tantos amigos muertos, tantos rostros desaparecidos, tantas manos en el fantasma de las aguas dormidas para siempre, y no has podido escribir el poema”.

Es verdad, no he podido. No me explico la razón de que yo esté aquí, la sinrazón de que ellos se hayan fugado al otro lado de los espejos; pero lo acepto como acepto el sueño imparcial y sus misterios transparentes, la fabulosa presencia de mis amigos, el rostro de Verónica en la luz unánime del Valle Metafísico. Escucho la voz de mis hermanas Andrea, Eugenia y Adriana, de mi hermano Antonio, de mi adorada hija Tania, de mis sobrinos Iván y Gabriela y José Carlos; veo el gesto de increíble hermosura de Miranda, mi sobrina nieta, y me preocupo por la vida de Pablo, mi nieto.

En el fondo de esas existencias, de esos prodigios, está para mí el círculo de mis muertos, a quienes aquí

no mencionaré por sus nombres: de ellos recibo todos los días el viático, sin ellos no soy más que una sombra muda, a ellos me debo y sólo en sus palabras ausentes podría yo encontrar el poema, con sus voces debería escribirlo. Quiero creer que Xavier Villaurrutia —poeta sublime de la noche, del amor y de la muerte— entendería hondamente lo que digo aquí. Así nos cruzamos ellos y nosotros: de esa materia evanescente o intangible y de esos alientos extinguidos está hecho el mundo, el único mundo que nos ha sido entregado, el mundo, en fin, de la fatalidad y de las decisiones. Y por fatalidad, por elección personal, por gusto de las palabras y por amor a esos muertos y a esos vivos, quise escribir poesía —pero no he conseguido, todavía, escribir el poema. No sé si lo conseguiré. Pero por eso, por eso mismo, debo insistir siempre, hasta el día de mi propia muerte. Mientras tanto, recuerdo esta noche con infinito amor a mis muertos y los abrazo a todos ustedes, aquí presentes, con gratitud y con emoción. ¶

En el fondo de esas existencias, de esos prodigios,  
está para mí el círculo de mis muertos...